



Charles Péguy

EL PÓRTICO
DEL MISTERIO
DE LA
SEGUNDA
VIRTUD

Literaria

29

Charles Péguy

El pórtico del misterio de la segunda virtud

Traducción de José Luis Rouillon Arróspide



Título en idioma original: *Le porche du mystère de la deuxième vertu*

Tercera edición, 2023

© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid 2023

Traducción de José Luis Rouillon Arróspide

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-143-4

ISBN PDF: 978-84-1339-809-9

Depósito Legal: M-4649-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, Bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

*No conozco un escritor en el mundo que alguna
vez haya hecho hablar así a Dios.*

Romain Rolland

*Péguy ha unido y encuadrado cuidadosamente todas
las piedras de su teología para poder finalmente colocar,
como clave de bóveda, su último pensamiento...
En el «principio esperanza» desemboca todo.*

*Ha penetrado en una teología total de la esperanza que
hoy se hace visible, discreta pero inconteniblemente, en
un cambio estructural de la construcción teológica.*

Hans Urs Von Balthasar

*Nunca ha habido poesía más cercana
a la oración que la de Péguy.*

Albert Béguin

*NON SOLUM IN MEMORIAM
SED IN INTENTIONEM*

No sólo a la memoria sino a la intención

de nuestro amigo
y de nuestro hermano Eddy Marix

Eltville sur le Rhin, el 2 de agosto de 1880.
Eltville sur le Rhin, el 31 de agosto de 1908.

sobre todo en memoria de ese cuaderno que hizo
para el Domingo de Ramos del año 1905.

Madame Gervaise entra.

MADAME GERVAISE. La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza.

La fe no me sorprende.

No me resulta sorprendente.

Resplandezco tanto en mi creación.

En el sol y en la luna y en las estrellas.

En todas mis criaturas.

En los astros del firmamento y en los peces del mar.

En el universo de mis criaturas.

Sobre la faz de la tierra y sobre la faz de las aguas.

En los movimientos de los astros que están en el cielo.

En el viento que sopla sobre el mar y en el viento que sopla
en el valle.

En el tranquilo valle.

En el recogido valle.

En las plantas y en los animales y en los animales de los
bosques.

Y en el hombre.

Criatura mía.

En los pueblos y en los hombres y en los reyes y en los
pueblos.
En el hombre y en la mujer su compañera.
Y sobre todo en los niños.
Criaturas mías.
En la mirada y en la voz de los niños.
Porque los niños son aún más criaturas mías.
Que los hombres.
Todavía no han sido deshechos por la vida.
De la tierra.
Y entre todos ellos son mis servidores.
Antes que todos.
Y la voz de los niños es más pura que la voz del viento en la
calma del valle.
En el valle recogido.
Y la mirada de los niños es más pura que el azul del cielo, que
la blancura lechosa del cielo, y que un rayo de estrella en
la tranquila noche.
Ciertamente resplandezco tanto en mi creación.
Sobre la faz de las montañas y sobre la faz de la llanura.
En el pan y en el vino y en el hombre que labra y en el hombre
que siembra y en la cosecha y en la vendimia.
En la luz y en las tinieblas.
Y en el corazón del hombre, que es lo más profundo del
mundo.
Creado.
Tan profundo que es impenetrable a toda mirada.
Que no sea la mía.
En la tempestad que agita las olas y en la tempestad que agita
las hojas.

De los árboles en el bosque.
Pero también en la calma de una bella tarde.
En las arenas del mar y en las estrellas que son la arena del
 cielo.
En la piedra del umbral y en la piedra del hogar y en la piedra
 del altar.
En la oración y en los sacramentos.
En la casa de los hombres y en la iglesia que es mi casa en la
 tierra.
En el águila criatura mía que vuela sobre las cumbres.
El águila real que tiene al menos dos metros de envergadura
 y tal vez tres metros.
Y en la hormiga criatura mía que se arrastra y que amontona
 a poquitos.
En la tierra.
En la hormiga mi servidora.
Y hasta en la serpiente.
En la hormiga mi servidora, mi ínfima servidora, parsimoniosa,
 que amontona penosamente.
Que trabaja como una desdichada y que no cesa y que no
 reposa.
Sino en la muerte y en el largo sueño del invierno.

*alzando los hombros ante tanta evidencia
delante de tanta evidencia.*

Resplandezco tanto en toda mi creación.
En la ínfima, en mi criatura ínfima, en mi sierva ínfima, en la
 hormiga ínfima.
Que atesora a poquitos, como el hombre.

Como el hombre ínfimo.
Y que cava galerías en la tierra.
En el subsuelo de la tierra.
Para amontonar allí mezquinamente los tesoros.
Temporales.
Pobremente.
Y hasta en la serpiente.
Que engañó a la mujer y por eso se arrastra sobre el vientre.
Y que es mi criatura y que es mi servidora.
La serpiente que engañó a la mujer.
Mi sierva.
Que engañó al hombre mi siervo.
Resplandezco tanto en mi creación.
En todo lo que acontece a los hombres y a los pueblos, y a
los pobres.
Y aun a los ricos.
Que no quieren ser mis criaturas.
Y que se esconden.
Para no ser mis servidores.
En todo lo que el hombre hace y deshace de mal y de bien.
(Y yo paso de largo, porque soy el señor y hago lo que él
deshace y deshago lo que él hace).
Y hasta en la tentación del pecado.
Aun allí.
Y en todo lo que le pasó a mi hijo.
A causa del hombre.
Criatura mía.
Que yo había creado.

En la incorporación, en el nacimiento y en la vida y en la
muerte de mi hijo.

Y en el santo sacrificio de la misa.

En todo nacimiento y en toda vida.

Y en toda muerte.

Y en la vida eterna que no terminará nunca.

Que vencerá toda muerte.

Resplandezco tanto en mi creación.

Que en verdad para no verme tendría esta pobre gente que
estar ciega.

La caridad, dice Dios, no me sorprende.

No me resulta sorprendente.

Esas pobres criaturas son tan desdichadas que a menos de
tener un corazón de piedra, cómo no iban a tener caridad
unas con otras.

Cómo no iban a tener caridad con sus hermanos.

Cómo no iban a quitarse el pan de la boca, el pan de cada día,
para dárselo a desdichados niños que pasan.

Y ha tenido mi hijo una tal caridad con ellos.

Mi hijo su hermano.

Una caridad tan grande.

Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende.

A mí mismo.

Sí que es sorprendente.

Que esos pobres niños vean cómo pasa todo eso y crean que
mañana irá mejor.

Que vean cómo pasa eso hoy y crean que irá mejor mañana en la mañana.

Sí que es sorprendente y seguro la más grande maravilla de nuestra gracia.

Y yo mismo me quedo sorprendido.

Y mi gracia tiene que ser en efecto una fuerza increíble.

Y brotar de una fuente y como un río inagotable.

Desde esa primera vez en que brotó y siempre que brota.

En mi creación natural y sobrenatural.

En mi creación espiritual y carnal sin dejar de ser espiritual.

En mi creación eterna y temporal sin dejar de ser eterna.

Mortal e inmortal.

Y esa vez, oh esa vez, desde esa vez en que brotó, como un río de sangre, del costado abierto de mi hijo.

Qué grande tiene que ser mi gracia y la fuerza de mi gracia para que esa pequeña esperanza, vacilante al soplo del pecado, temblorosa a todos los vientos, ansiosa al menor soplo, sea tan invariable, se mantenga tan fiel, tan recta, tan pura; e invencible, e inmortal, e inextinguible; que esa llamita del santuario.

Que arde eternamente en la lámpara fiel.

Una llama temblorosa ha atravesado el espesor de los mundos.

Una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos.

Una llama ansiosa ha atravesado el espesor de las noches.

Desde esa primera vez que mi gracia corría para la creación del mundo.

Desde que mi gracia corre siempre para la conservación del mundo.

Desde esa primera vez que la sangre de mi hijo corría para la salvación del mundo.